

Arqueología Pública: Reflexiones Sobre la Construcción de un Objeto de Estudio

Public Archaeology: Thoughts on the Construction of an Object of Study

VIRGINIA SALERNO¹

RESUMEN

En este trabajo se analizan las circunstancias sociales e históricas que posibilitaron considerar las relaciones arqueología-sociedad como objeto de estudio en el marco de la arqueología pública. Estos procesos conllevaron una revisión del modo en que se entendía la arqueología y el lugar de los arqueólogos como profesionales. Finalmente, se discuten las bases epistemológicas y ontológicas sobre las que se edificó esta línea de investigación. Se propone que las mismas se formularon tomando el conocimiento arqueológico y sus referentes materiales como dos dimensiones a partir de las cuales la arqueología adquiere sentido en las sociedades contemporáneas.

Palabras clave: arqueología pública, arqueología-sociedad, usos del pasado, historia de la arqueología.

ABSTRACT

This article introduces the analysis of the social and historical circumstances in which the relationships between archaeology and society emerged as an object of study within the framework of Public Archaeology. It is proposed that these circumstances encouraged a critical review on how archaeology and professional archaeologists were seen and understood. The paper also discusses the epistemological and ontological foundations of Public Archaeology as a research line. We will propose that these foundations assumed archaeological knowledge and its material referent as two dimensions that give meaning to archaeology in contemporary societies.

Key Words: public archaeology, archaeology-society, uses of the past, history of archaeology

ⁱ Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA-CONICET, Argentina. Correo-e: vmasalerno@gmail.com

Recibido: 29 de agosto de 2012. Revisado: 26 de marzo de 2013. Aceptado: 29 de abril de 2013.

INTRODUCCIÓN

Las discusiones sobre la articulación arqueología-sociedad en el presente y las acciones en el ámbito público (de disímil posicionamiento teórico) realizadas por arqueólogos para establecer formas de relación en/ con la sociedad son parte del quehacer en arqueología en un contexto dado. Sin embargo, para que esta dimensión social de la disciplina se organizara en objeto de investigación fue necesario un reconocimiento social de su existencia como problema diferenciado a ser investigado (Daston 2000). En este trabajo se reflexiona sobre los modos en que este proceso adquirió mayor visibilidad a comienzos de la década de 1980 en el marco de la llamada arqueología pública. Además, se discuten los núcleos conceptuales que otorgan especificidad a los abordajes de esta línea de trabajo. Nuestro punto de partida es que los objetos científicos y los sujetos de conocimiento son entidades históricas, productos de contextos sociales específicos a partir de los cuales se redefinen los problemas, los sujetos y las modalidades de conocimiento (Daston y Galison 2007). Por estos motivos, resulta relevante un abordaje que contemple las condiciones sociales e históricas que posibilitaron el desarrollo de la arqueología pública como línea de investigación.

En su estudio acerca de cómo los hechos devienen en objetos científicos, Daston (2000) propone que los mismos adquieren “significatividad” en el marco de una red social, política y económica que los hace visibles en tanto problemas susceptibles de ser estudiados. Luego, la aplicación de técnicas de investigación científica cristaliza estos fenómenos en “objetos científicos”, recontextualizándolos y ordenándolos en nuevas redes de sentido que permitan sustentar explicaciones e investigaciones científicas. Es decir, el conocimiento no sólo se valida en la producción académica convencional (conferencias, artículos, libros) sino en distintos ámbitos donde este participa y es apropiado (Daston 2000). A su vez, dentro del campo académico, los objetos científicos logran su estatus ontológico porque son “productivos”, en tanto permiten establecer relaciones que reproducen los resultados conocidos y, a la vez, generan nuevos resultados (Daston 2000).

El concepto de arqueología pública comenzó siendo utilizado en Estados Unidos a principios de la década de 1970, en asociación al manejo y la gestión de recursos culturales (McGimsey 1972). En las décadas siguientes, su uso trajo aparejado una ampliación semántica que propició discusiones críticas sobre los múltiples posicionamientos de los arqueólogos y la arqueología en los conflictos derivados de los procesos de interpretación

del pasado. Además, en el marco de esta línea de trabajo, se comenzaron a discutir las responsabilidades sociales y políticas derivadas del estatus profesional de la arqueología. En la actualidad esta línea engloba diversos estudios que se centran en las relaciones arqueología-sociedad en el presente. Las problemáticas desarrolladas permitieron recontextualizar tales relaciones considerando aspectos referidos a los procesos de circulación y apropiación de conocimientos arqueológicos y sus referentes materiales en el presente. En su marco se promovieron enfoques reflexivos y éticos que cuestionaron la legitimidad de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el marco de relaciones coloniales (Ballart 1997, Gnecco 2009, entre otros). Además, estos enfoques discutieron la “universalidad” del llamado patrimonio arqueológico y el modo en que se establece la autoridad de los arqueólogos en relación con otros sujetos sociales durante el proceso de investigación. Estas discusiones adquirieron particular importancia en Latinoamérica y aquellos lugares donde el legado colonial implicó la construcción de relatos históricos duales que rechazan la diferencia e invisibilizan la desigualdad (Lander 2000, Lahiri *et al.* 2007, Salerno 2012).

Se propone que el potencial de la arqueología pública radica en entender la arqueología como una actividad social, situada, y que tiene lugar en múltiples contextos (históricos, políticos, económicos e institucionales). Con todo, la arqueología pública es una línea de investigación que aún se encuentra en proceso de definición y estructuración, aspecto que se evidencia en las discusiones sobre su propia denominación (Public Archaeology y Community Archaeology). Las mismas aluden a posicionamientos teóricos y éticos que comportan diferencias en el proceso de selección de temas a investigar y de herramientas teóricas/metodológicas. A pesar de estas divergencias, en este trabajo se examinan las bases epistemológicas y ontológicas comunes que posibilitaron definir las relaciones arqueología-sociedad como objeto de estudio.

En la primera parte de este trabajo se discuten las circunstancias sociales e históricas que posibilitaron la emergencia del tema como objeto de investigación. Se argumenta que, a pesar de las heterogéneas prácticas y ubicaciones desde las que se fueron forjando estas discusiones, las mismas adquirieron visibilidad a partir del primer World Archaeological Congress (WAC), celebrado en el año 1986, y el Taos Conference, Nuevo México, organizado en 1988 por la Society for American Archaeology (SAA). En la segunda parte, se presentan las bases conceptuales que organizan los abordajes sobre las relaciones arqueología-sociedad. Se discute en qué medida

estas conllevaron una revisión del modo en que se entendía la arqueología y el lugar de los arqueólogos como profesionales.

REFORMULACIONES EN LA ARQUEOLOGÍA A FINES DEL SIGLO XX

El fin del siglo XX estuvo marcado por la cristalización de procesos de diferente duración que conllevaron cambios políticos y sociales a escala global. Parte de estos movimientos puede entenderse como transformaciones del orden burgués, que se iniciaron luego de la Segunda Guerra Mundial (Hobsbawm 1995). El reconocimiento del poder de las masas como fenómeno social junto con la construcción del Tercer Mundo como entidad económica política y social (Escobar 1998) y la visibilidad que adquirieron el movimiento femenino, las comunidades indígenas y otras minorías sociales en la sociedad civil (Hobsbwam 1995 [2003]), contribuyeron a poner de manifiesto la complejidad de lo real.

En otro nivel de complejidad es relevante mencionar que, al mismo tiempo, el desarrollo del turismo como fenómeno de masas y la universalización de la televisión brindaron la posibilidad de conocer, a partir del rol de espectador/consumidor, otros lugares y personas (mediante viajes materiales o virtuales). La realidad misma (objetos, tradiciones, procesos de trabajo, pueblos enteros) fue entendida como sujeto de contemplación y convertida en espectáculo, objeto de consumo para la televisión y/o el turismo cultural (Ballart 1997). Los nuevos dispositivos a través de los cuales comenzaba a circular la información, redefinieron las relaciones humanas y con estas modificaciones el conocimiento adquirió nuevas características (Salomón 2001). A finales del siglo XX el lugar de los medios masivos dentro del campo político, económico y cultural se fortaleció en paralelo con la crisis de deslegitimación política de los estados nacionales (Mattelart y Mattelart 2005). La comunicación mediática se convirtió en un mecanismo estratégico en los procesos por los cuales las personas aprenden, adquieren, modifican, confirman o articulan sus perspectivas ideológicas.

Dentro de las ciencias sociales, durante las décadas de 1960 y 1970 comenzaron a plantearse reformulaciones epistemológicas que cuestionaron la neutralidad de la ciencia y su aplicabilidad propiciando la “reflexividad” como una dimensión ineludible en el proceso de investigación (Hidalgo 2006). En consonancia con estos movimientos, la historicidad en la producción de conocimiento comenzó a ser considerada dentro de los estudios sociales de la ciencia (Bourdieu 2003). A la par, el desarrollismo instauraba la promesa de progreso basado en el conocimiento científico y

propiciaba que esta actividad fuera una empresa social fundamental para el desarrollo del denominado Estado de Bienestar (Escobar 1998). En ese momento tuvo lugar una serie de movimientos de profesionalización de las ciencias sociales (y como parte de estas la arqueología) con la consecuente redefinición de límites disciplinarios y áreas de incumbencia (Merriman 2004, Bowler y Morus 2007).

Como consecuencia de estos procesos los conocimientos y materiales arqueológicos objetivados en términos de patrimonio cultural se convirtieron a la vez en sujetos de tratamiento jurídico/político y en mercancías e insumo para propuestas recreativas, educativas y para el turismo cultural (Ballart 1997). La objetivación de los materiales arqueológicos como patrimonio cultural nos remite a líneas de trabajo que se estaban consolidando en el contexto internacional durante la década de 1970 (Endere 2008). En congruencia con la Convención de la UNESCO de 1972, el patrimonio arqueológico fue resignificado subrayando su excepcionalidad y universalidad (Ballart 1997). Estos movimientos buscaron que su gestión se convirtiera en una actividad regulada y gestionada desde el ámbito estatal (Endere 2008). De esta manera, los materiales arqueológicos junto con otros referentes patrimoniales pasaron a formar parte de los denominados “bienes culturales”, con nuevas modalidades de exposición y un creciente proceso de mercantilización. Estos aspectos se manifestaron en la creación de museos, galerías, parques temáticos, con una puesta en escena tal que llevaron a algunos autores a plantear la existencia de tendencias generales de patrimonialización y musealización dentro de las sociedades occidentalizadas (Ballart 1997).

Conjuntamente, desde una perspectiva política y crítica se cuestionaron los estudios arqueológicos que habían generado versiones de los pasados nacionales invisibilizando la diversidad cultural (Ballart 1997, Gnecco 2009), así como las relaciones coloniales en que se desarrollaron los estudios sobre el pasado (Hernando 2002, Gnecco 2009, Segobye 2006). Tal es así que en distintos lugares, grupos indígenas interpellaron esos discursos y exigieron un lugar de participación activa en la producción y gestión de los conocimientos y los materiales arqueológicos (Johnson 2000). En diversos contextos sociales se cuestionó el sentido de las investigaciones arqueológicas y el lugar del arqueólogo. De estos movimientos surge el dilema sobre a quiénes representa el llamado patrimonio arqueológico: si debería ser considerado un patrimonio específico de exclusiva posesión de grupos determinados y cuál es el lugar de los arqueólogos como profesionales socialmente legitimados para su tratamiento.

En el marco de estos movimientos sociales, políticos y económicos, las relaciones arqueología-sociedad se convirtieron en una dimensión susceptible de ser investigada dentro del campo arqueológico. Las primeras revistas científicas dedicadas al tema comenzaron a editarse en la primera década del siglo XXI: una revista inglesa, *Public Archaeology*, desde el año 2000, y una revista brasilera con el mismo nombre, *Arqueologia Pública*, desde el año 2006. Además, las discusiones sobre el tema se multiplican en sitios web¹. Desde diferentes perspectivas, el estudio de las relaciones arqueología-sociedad se delineó en torno al calificativo “público” como eje descriptivo de la actividad arqueológica. Su abordaje incluyó los procesos de mercantilización, apropiación y participación de distintos sectores de la sociedad civil como parte constitutiva de lo “público” y del quehacer de la arqueología. A la vez, estas aproximaciones se organizaron en función de cuestionamientos sobre las responsabilidades sociales y políticas derivadas del estatus profesional del arqueólogo. Por ello, puede decirse que en este caso lo “público” se delineó como una esfera amplia que incluye tanto la universalidad que el Estado debe asegurar para tornar efectiva la promesa democrática, como la participación, deliberación y auto-organización de la sociedad civil.

ESPACIOS DE LEGITIMACIÓN Y VISIBILIDAD

La posibilidad de que estas inquietudes se pudieran desplegar como problemas teóricos y metodológicos específicos no sólo dependió de su reconocimiento como problema, sino también de las condiciones materiales, políticas e institucionales dentro del campo académico (Daston 2000, Bourdieu 2003). En esta sección se argumenta que, a pesar de los múltiples espacios en los que se discutieron temas referidos a la arqueología pública, estos abordajes se legitimaron como asunto a ser investigado dentro del campo arqueológico sólo cuando formaron parte de la agenda de discusión en los encuentros promovidos en el marco del primer World Archaeological Congress (WAC) celebrado en el año 1986 y el Taos Conference, Nuevo México, organizado en 1988 por la Society for American Archaeology (SAA). En estos encuentros, diversas líneas de trabajo en relación con el tema adquirieron visibilidad internacional y se generaron condiciones materiales para delinear acciones concretas en función de las mismas.

Las discusiones que se dieron en el Congreso de Taos derivaron en la formación de un “Public Education Committee” (PEC) de la SAA, con el objetivo de planificar acciones de transferencia y promover la conservación

del patrimonio arqueológico. Asimismo, fue pionera la publicación de la SAA, *Archaeology and Public Education*, que se edita desde el año 1991 de forma trimestral. Esta publicación estuvo dirigida a construir espacios comunicativos que promovieron la conservación y contribuyeron a evitar el vandalismo y saqueo de sitios arqueológicos (Judge 1991). Estas propuestas fueron parte de un movimiento previo norteamericano que impulsó la inclusión de los materiales arqueológicos dentro de los estudios de manejo de bienes y/o recursos culturales. Así, el arqueólogo norteamericano McGimsey introdujo en 1972 el concepto de arqueología pública para discutir las estrategias orientadas a llamar la atención del público con el fin de promover la protección y conservación de bienes arqueológicos entendidos como recursos culturales.

El poner la atención en cómo el contexto social puede afectar la materialidad arqueológica comporta una doble objetivación: la de dicho contexto (reducido a conductas hostiles/inadecuadas con respecto a los bienes materiales); y la de los materiales arqueológicos (reducidos a bienes que requieren la intervención del Estado y que representan un valor universal). Esta distancia posibilitó que los arqueólogos se posicionaran como un cuerpo de profesionales independientes. Por ello, Merriman (2004) propuso que la visibilidad de la arqueología pública como línea de investigación puede pensarse como una consecuencia del proceso de profesionalización de la disciplina. Su existencia implica la definición de límites y ámbitos de incumbencias de los arqueólogos como trabajadores del ámbito estatal y profesionales idóneos para el desarrollo de planes de manejo de los recursos arqueológicos en representación del público, en un movimiento que a la vez reduce la participación de otros agentes sociales. En la misma sintonía y veintiocho años después de su publicación original, McGimsey y Davis (2000) sostienen que a la luz de los cambios ocurridos, arqueología pública es arqueología, porque sin una aproximación de la práctica que contemple estos aspectos no hay futuro posible para la arqueología². Estas perspectivas de la arqueología pública ponen el acento en el proceso de reconocimiento del arqueólogo como una actividad más en el presente y de los objetos arqueológicos como su producto. Este enfoque, más que problematizar la objetivación de los materiales arqueológicos, aboga por intervenir en su gestión en los niveles jurídicos, políticos y económicos (Ballart 1997).

En contraste, las discusiones propiciadas desde América Latina se centraron en el cuestionamiento de la arqueología teniendo en cuenta dos dimensiones ineludibles de su trayectoria histórica en este continente: la situación colonial (Haber 2004) y los movimientos nacionalistas

independentistas de principios del siglo XIX (Díaz-Andreu 1999, Trigger 1992). Por estos motivos, la arqueología pública se planteó como una acción con el pueblo, comprometida con la diversidad de trayectorias históricamente excluidas e invisibilizadas (Dussel 1994, Funari y Robrahn González 2006, Gnecco y Ayala 2011, Díaz-Andreu 1999). En este caso, los procesos de reificación de los materiales arqueológicos en términos patrimoniales estatales fueron cuestionados, ampliando la mirada sobre la sociedad civil como parte constitutiva de lo público (Pupio y Salerno 2013). Es así como, dentro de esta línea de investigación, se plantea la necesidad de generar investigaciones comprometidas con el contexto social, que incluyan abordajes críticos sobre los procesos de apropiación del pasado arqueológico en el presente.

Con todo, la organización del primer WAC promovida desde el Institute of Archaeology (UCL) de Londres, Reino Unido, puso en primer plano las discusiones en torno a la dimensión ética del trabajo arqueológico (Gero 2000). Uno de sus principales objetivos fue generar mecanismos institucionales con el fin de ampliar la participación en las discusiones de la disciplina a pesar de las relaciones de poder, privilegio y desigualdad que estructuran las diversas voces de los arqueólogos (Shepherd 2005). Así, en 1986 el primer WAC se articuló en torno a la toma de posición política en contra del *apartheid* bajo el lema “One World Archaeology”, y contó con la participación de arqueólogos de más de 70 países. Además, fue el primer encuentro internacional donde participaron representantes de pueblos y organizaciones indígenas con el mismo estatus que los arqueólogos. Por ello, Funari y colaboradores (1999) han propuesto que la particularidad de esta organización radica en el hecho de haber sido el primer espacio internacional que buscaba incluir al llamado Tercer Mundo. A la vez, una serie de proyectos editoriales acompañaron la organización de los encuentros y permitieron documentar las discusiones de los mismos³. Entre los temas que adquirieron mayor visibilidad a nivel internacional y que son de interés para este trabajo, se pueden mencionar las discusiones sobre las dimensiones éticas de la arqueología y el rol del profesional en la sociedad; las relaciones de poder al interior de la disciplina, la presencia de diferentes miradas y usos de las evidencias del pasado, la educación y la diversidad de formas de construir narrativas sobre el mismo (Funari *et al.* 1999, Gero 2000).

No obstante, y tal como recuerda Felipe Bate en el prefacio de *La investigación en arqueología* (1998), gran parte de esas propuestas no eran nuevas y considerando el lugar de poder desde donde se enunciaron, el lema de permitir la participación de distintos grupos históricamente sojuzgados puede entenderse como un discurso “altamente progresista y democrático,

sumado a un paternalismo conmovedor” (Bate 1998:12). Aplicado sin una revisión crítica, las perspectivas visibilizadas desde el WAC pueden contribuir a renovar los mecanismos para reproducir la desigualdad en las formas de producir conocimiento. Desde las primeras formulaciones del WAC en 1986, se han organizado seis encuentros más. La idea original de conformar un “One World Archaeology” en el que se pudiera trabajar obviando las diferencias fue replanteada críticamente durante el quinto encuentro. En ese momento se reflexionó sobre la diversidad de arqueologías que el ideal de unidad ocultaba y se propusieron caminos para generar la apertura a la multivocalidad entre los arqueólogos y otros agentes involucrados en la producción de conocimiento sobre el pasado (Shepherd 2005). En suma, puede decirse que tanto en los espacios promovidos en la SAA luego del Congreso de Taos como en el WAC, contribuyeron a visibilizar y legitimar la arqueología pública como asunto de reflexión, acción e investigación dentro del campo disciplinar.

EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES ARQUEOLOGÍA-SOCIEDAD

Como se mencionó anteriormente, los problemas abordados en el marco de la arqueología pública indagan los procesos de construcción de representaciones del pasado arqueológico; los conflictos implicados en la formulación de interpretaciones sobre el pasado; los movimientos de reificación de los materiales arqueológicos como parte del patrimonio cultural y los aspectos vinculados con su manejo, conservación y usufructo; y las connotaciones sociales del trabajo arqueológico. En todos los casos es preeminente la presencia del conflicto en la articulación arqueología-sociedad, ya sea como consecuencia de la interpelación de los trabajos arqueológicos por parte de otros agentes sociales o por la búsqueda de estrategias para promover su conservación. El conflicto que atraviesa estos problemas se deriva del lugar legitimado de los arqueólogos como agentes autorizados para llevar a cabo ciertos procedimientos y construir conocimiento sobre el pasado. A partir de ello, las interrogantes en torno a las relaciones arqueología-sociedad se formulan en relación con el conocimiento arqueológico y sus referentes materiales como dos dimensiones a partir de las cuales la arqueología adquiere sentido en las sociedades contemporáneas. A continuación, se discute el desarrollo conceptual sobre el que se edificaron las bases epistemológicas de este enfoque. Es destacable mencionar que las mismas se formularon en conjunto con propuestas teóricas que tuvieron en común el repensar los principios organizadores del conocimiento arqueológico. Estos incluyeron el modo en que se abordan las relaciones individuo/cultura, grupo/contexto

sociocultural, estructura/proceso, resto material/material arqueológico/conocimiento, arqueología/presente (Pizarro 1995).

El conocimiento arqueológico en el presente

El reconocimiento de la dimensión conflictiva de la interpretación del pasado debe ser entendido en el marco de las reformulaciones epistemológicas de las ciencias sociales desde mediados de las décadas iniciadas en 1960 y 1970. En esos momentos, las filosofías relativistas y críticas (el marxismo y estructuralismo, el antipositivismo, la teoría feminista, entre otros) discutieron el lugar de los saberes científicos como el producto de una empresa racional y objetiva. En especial las tradiciones del estructuralismo y el marxismo tuvieron un rol fundamental en las formulaciones de las arqueologías postprocesuales de 1980 en el ámbito angloamericano (Johnson 2000). Tal como este autor señala, el marxismo aplicado a los estudios arqueológicos promovió el estudio de las desigualdades y las formas en que la ideología operó en las sociedades del pasado. Además al plantearse cuál es la carga ideológica y en función de qué intereses se han desarrollado los estudios arqueológicos, también puso en el tapete al contexto en el que se producen los saberes sobre el pasado (McGuire y Navarrete 1999). Por su parte, las tradiciones estructuralistas promovieron el estudio de los contenidos simbólicos de la cultura material (Hodder 1989).

En Latinoamérica la aplicación del materialismo histórico al estudio de los restos arqueológicos se desarrolló tempranamente en las décadas de 1960 y 1970, con el nombre de arqueología social latinoamericana (Bate 1998). Esta línea de pensamiento propugnó una reconceptualización de la disciplina y de su objeto de estudio, así como del compromiso del investigador con la realidad de la que forma parte (Franco Salvi 2008, Jackson *et al.* 2012). En el contexto de las luchas sociales y procesos revolucionarios que atravesaron el continente en ese momento, los arqueólogos latinoamericanos que comenzaron a trabajar en esta línea teórica lo hicieron como una forma de posicionarse políticamente, pues el conocimiento del pasado fue asumido como un instrumento esencial para actuar en el mundo presente (Sanoja y Vargas 1999). Consecuentemente se discutió la supuesta neutralidad en la producción de conocimiento en arqueología y se propuso que el estudio de las sociedades del pasado tiene sentido si aporta herramientas de comprensión del proceso histórico que puedan explicar las situaciones del presente (Lumbreras 1974 [1984]). Por estos motivos, dentro de este posicionamiento se buscó formular proyectos que impliquen enseñanza, investigación, promoción y difusión del conocimiento mediante la investigación arqueológica.

La arqueología social latinoamericana es el único enfoque teórico que puede considerarse propio del subcontinente y tuvo resonancia en una minoría de arqueólogos en Perú, Chile, Venezuela, México, Canadá y Argentina a pesar de los contextos políticos antidemocráticos (Tarragó 2003). Su efectiva puesta en práctica en las interpretaciones arqueológicas estuvo mediada por dichos contextos y tuvo poca visibilidad; por estas razones su influencia ha sido discutida (Tarragó 2003). En relación con esta baja repercusión, Sanoja y Vargas (1999) comentan que en la década de 1960 los arqueólogos que trabajaron en esta línea teórica lo hicieron mayormente de forma aislada. Estos autores también señalan que fue recién en la década de 1980 cuando se organizaron diversos grupos de discusión que permitieron dar continuidad a los abordajes iniciados. Estas formulaciones son un temprano antecedente en lo que se refiere a las discusiones sobre el sentido de la arqueología en las sociedades latinoamericanas. En la actualidad, esta línea continúa siendo trabajada en varios países de América Latina, enfrentando el desafío de generar estudios prácticos que permitan una mayor articulación entre el marco teórico del materialismo histórico y su aplicación al estudio de la materialidad arqueológica (Jackson *et al.* 2012).

Para fines de la década de 1990 estas perspectivas, junto con los desarrollos de las críticas relativistas en las ciencias sociales, llevaron a un reconocimiento general del carácter contingente del trabajo arqueológico y la multivocalidad de las interpretaciones sobre el pasado (Johnson 2000). Al respecto, fue revelador el concepto de “tradición inventada” introducido por Hobsbawm y Ranger (1988) para analizar diversas respuestas sociales frente al torrente de cambios e innovaciones del mundo moderno. Las “tradiciones inventadas” son mecanismos de formalización y anclaje de prácticas sociales que utilizan el pasado como sustento, en función de elaborar respuestas a situaciones de cambio. Un punto que se deriva de este concepto y que también ha sido discutido por otros investigadores sociales es el carácter construido de las nociones de “tiempo” y “espacio” junto con su importancia para el ordenamiento de las experiencias de la vida social en modelos pensables, exteriores a la realidad que es ordenada (Elías 1989). Mediante objetos, marcas en el espacio, conocimientos y experiencias cotidianas, el pasado se funda en el presente. Así, por ejemplo, en la sociedad occidental el “tiempo” organiza un orden exterior de movimientos recurrentes representado en relojes y calendarios, mientras que las representaciones de mapas y escalas establecen referencias fijas de las distribuciones en el “espacio” (Hernando 2002). Dado que estas nociones también son categorías analíticas utilizadas para la producción de conocimiento dentro de las ciencias sociales, su control epistémico es ineludible (Bourdieu 2003).

Siguiendo estas formulaciones es posible decir que el pasado puede ser organizado, interpretado y valorado de acuerdo con diferentes marcos de comprensión elaborados desde el presente mediante relatos orales, materiales y/o documentos escritos. En estos procesos la arqueología se presenta como una vía, entre otras, para generar conocimiento sobre el pasado. De estos supuestos se desprenden diversas interrogantes que nutren los estudios sobre las relaciones arqueología-sociedad. Los mismos contemplan las diversas formas en que se producen representaciones sobre el pasado arqueológico en función de contextos sociales e históricos específicos. En estos procesos las relaciones de desigualdad que median la producción de conocimiento sobre el pasado son un aspecto fundante y llaman la atención sobre el posicionamiento de los arqueólogos en los mismos.

Los materiales arqueológicos en el presente

En cuanto a los sentidos que adquieren los materiales arqueológicos en el presente, se ha destacado la capacidad evocativa de la materialidad, puesto que mediante los objetos, marcas en el paisaje y otros recursos de conocimiento se organizan representaciones del pasado con sentidos metafóricos. Desde un determinado contexto de relaciones institucionales e interpersonales el pasado es transformado y redefinido como parte de la tradición y la memoria (Molyneaux 1994). A su vez, los estudios sobre las maneras en que se establecen criterios para distinguir lo que es considerado un vestigio significativo del pasado, retoman los estudios de la materialidad desarrollados desde la década de 1990. Estos parten de entender al objeto con un rol activo y pleno en su relación con los sujetos y con otros objetos (Cancino Salas 1999). En este sentido, los objetos son abordados como entidades cambiantes, definidos cultural e históricamente. Siguiendo estos lineamientos, la manera en que los objetos se seleccionan y acumulan en los museos, las decisiones en torno a la conservación de sitios patrimoniales, el almacenamiento de saberes en libros como forma de registro de la memoria, no refieren a la preservación de “el pasado”, sino a una particular perspectiva del mismo construida por agentes e instituciones en momentos particulares (Stone y Planel 1999).

Estos procesos de objetivación del conocimiento no pueden considerarse sin tener en cuenta que el pasado tiene en el presente un efecto fundante, educativo y/o legitimador del presente y el futuro (Ballart 1997), que lo convierte en objeto de disputas simbólicas con distintos fines y por parte de diversos agentes sociales (Hobsbaw y Ranger 1988). Dado que no puede ser fijado definitivamente y su valor puede transformarse en un

recurso político y/o económico, la organización del pasado a través de su representación material representa y condiciona la distribución y el ejercicio del poder en un determinado momento (Molineaux 1994). Varios estudios han mostrado las diversas maneras en que la información arqueológica e histórica es utilizada para sustentar representaciones sobre el pasado en función de intereses ideológicos tanto de sectores hegemónicos como de sectores subalternos (Bond y Gilliam 1994).

Un ejemplo ampliamente estudiado en América Latina es el uso de la arqueología como parte del patrimonio cultural. Esta fue utilizada para validar las ideologías nacionalistas del siglo XIX y en la actualidad también es utilizada para desnaturalizar y confrontar los mismos discursos nacionalistas (Ayala 2005, Gnecco y Ayala 2011, Jofré *et al.* 2009, Nastro y Menesez Ferreira 2010, entre otros). Lo importante de la existencia de estas representaciones contradictorias es que nos remiten a la selección, organización y apropiación de saberes y objetos a través de prácticas de diversos tipos. De la misma manera pueden mencionarse la mercantilización de materiales arqueológicos como insumo para la actividad turística. En esta actividad, las relaciones humanas se transforman y la cultura se comercializa en beneficio de algunos sectores sociales bajo la promesa del desarrollo para todos (Augé 1998 [1977]). Las ruinas, objetos y paisajes arqueológicos son vendidos y consumidos como imágenes del pasado, conformando representaciones sociales de experiencias, legados e identidades. Estos procesos de construcción y mercantilización de imágenes del pasado son parte del conjunto de procesos mediáticos de construcción de representaciones del pasado (Russell 2006). Los mismos dan lugar a procesos de resignificación de la arqueología no sólo como vínculo entre pasado y presente, sino también como proyección hacia el futuro.

Al respecto se ha mostrado que los conocimientos en torno a referentes arqueológicos en los medios masivos suelen ser utilizados para reforzar estereotipos y legitimar situaciones de desigualdad, así como sostener/refundar construcciones identitarias específicas (Hall 2004, Seymour 2004, Hernández 1997, Salerno y Pupio 2009, entre otros). En contraparte, se ha mostrado que ciertas representaciones de la arqueología son transversales a los distintos recursos literarios (novelas) y medios escritos y audiovisuales analizados (televisión, cine, diarios), así como a los distintos contextos socioculturales donde circulan esos productos culturales. Estas representaciones conforman imágenes estereotipadas de la disciplina cuyo acento se pone en el estudio del pasado, la aventura y el misterio, por ello, Simpson (2009) señala que estos estereotipos cumplen una doble función: por un lado, reafirman lugares comunes que dotan a la arqueología de fantasía y

atractivo, constituyéndola en un producto deseado por el público; por otro, este autor observa que las mismas representaciones permiten construir una distancia prudencial entre el público y la arqueología profesional, identificada con el ejercicio de sujetos responsables y preparados para tal fin.

REFLEXIONES FINALES

En este trabajo se reflexionó sobre la emergencia de las relaciones arqueología-sociedad como objeto de investigación dentro del campo arqueológico. A partir del análisis realizado, podemos plantear que la “significatividad” de la arqueología pública reside en el reconocimiento de que la arqueología es una actividad social mediada por múltiples contextos, cuyo sentido es parte del presente, donde la confrontación y las diferencias en las interpretaciones del pasado son constitutivas. En un contexto social e histórico específico, el desarrollo de la arqueología pública como línea de investigación conllevó la discusión de ciertos aspectos “naturalizados” dentro del campo de la arqueología. Lo entendido como natural es producto de un prolongado olvido de la historia que requiere ser revisado, en tanto esta operación permite visibilizar contextos sociales e históricos así como relaciones de poder, a partir de las cuales adquieren sentido ciertos problemas, objetos y categorías de investigación (Bourdieu 2003). En este caso, los aspectos naturalizados refieren al modo en que los procesos de producción de conocimiento arqueológico están mediados por diversos usos del pasado en el presente; la construcción de sentidos en torno a la materialidad arqueológica y el lugar de los propios arqueólogos en el contexto social. En suma, llegando a fines del siglo XXI, las relaciones arqueología-sociedad dejaron de entenderse como dadas y necesarias para comenzar a ser objeto de análisis.

Así se generaron nuevas interrogantes y expectativas en torno a la práctica arqueológica, cuyas posibilidades concretas de desarrollo estuvieron limitadas por las condiciones materiales y políticas particulares en que se realiza la investigación. Esto explica que dentro del campo arqueológico se asuman como principales antecedentes para el surgimiento de la arqueología pública las propuestas elaboradas desde el World Archaeological Congress y no se tengan en cuenta otros antecedentes como los de la arqueología social latinoamericana retomados en este trabajo. Revisar las trayectorias y genealogías que se legitiman en torno a la construcción de una línea de trabajo, como en este caso la arqueología pública, es indispensable no sólo para visibilizar la heterogeneidad de prácticas y locaciones que la constituyen

en la actualidad. Además, el reconocer trayectorias alternativas permite visualizar las relaciones de poder que median la producción de conocimiento en arqueología y que se sostienen mediante la afirmación de genealogías universalizantes (Mignolo 2003).

Desde la arqueología pública se desarrollan diversos abordajes sobre las relaciones arqueología-sociedad que centran la atención tanto en problematizar las modalidades del trabajo arqueológico como una actividad más en el presente, hasta la reivindicación de posicionamientos por parte del profesional en relación con los sujetos y narrativas sobre el pasado que se investigan. Estas diferencias se derivan no sólo de las trayectorias institucionales e históricas de los espacios de formulación: también suponen disímiles criterios para la definición de problemas y modos de resolverlos. Las mismas nos remiten a diferentes construcciones de sentidos sobre las relaciones arqueología-sociedad como objeto de estudio que conllevan maneras de entender por qué y para quién se hace arqueología en la actualidad. Por estos motivos, se hace necesario un enfoque que contemple los procesos históricos mediante los cuales la arqueología se legitimó como actividad social en un determinado lugar.

En relación con ello, un ejemplo es el caso de los estudios arqueológicos en América Latina, donde el estudio de los materiales arqueológicos se organizó mediante la naturalización y universalización de la historia de poblaciones indígenas dentro de un esquema temporal europeo (Haber 2004, Londoño 2007). En estos movimientos se elaboraron discursos de alteridad en los que el “nosotros” fue representado por la sociedad europea occidental (Dussel 1994, Salerno 2012). En las últimas décadas, los esfuerzos por desandar esa tradición eurocéntrica posibilitaron nuevos caminos que dirigieron la atención sobre la necesidad de una práctica arqueológica que aborde problemas y necesidades locales. Sin embargo, esta práctica comenzó a ser posible sólo en el marco de la estabilidad política y social derivada de la instauración de regímenes democráticos durante el último cuarto del siglo pasado (Politis 1995). En ese momento se puso en primer plano la necesidad de una reorganización política, social, económica y educativa, lo que en el caso de la arqueología propició visualizar las discusiones sobre su proyección social en distintos niveles (normativo, educativo, trabajo participativo). Sin embargo, desde mediados de la década iniciada en 1990, la implementación de políticas multiculturales favoreció prácticas tendientes a visibilizar la diversidad como una nueva estrategia de encubrimiento y reproducción de la desigualdad. En el campo de la arqueología, se ha observado que la gestión del patrimonio arqueológico impulsada desde este tipo de políticas implicó

la reproducción de estigmatizaciones y esencialismos en torno a la historia de los procesos de poblamiento indígena y, en consecuencia, la actualización de las herencias coloniales mencionadas anteriormente (Gnecco 2009).

Es así como en la actualidad la arqueología pública en América Latina enfrenta diversos desafíos que adquieren particularidades de acuerdo con los contextos históricos, políticos y económicos de cada país. Un aspecto que consideramos transversal se relaciona con las relaciones de alteridad que organizan los relatos históricos, en tanto gran parte de la arqueología latinoamericana aborda el estudio de procesos poblacionales que remiten a la historia de “otros”, excluidos de las identidades nacionales (Haber 2004, Londoño 2007, entre otros). En otro trabajo, se ha planteado que esta dualidad forma parte del modo en que la materialidad arqueológica se hace presente en el marco de distintos procesos de identificación y categorización de sujetos (Brubaker y Cooper 2001), mediando los procesos de apropiación del conocimiento sobre el pasado arqueológico ligados a situaciones concretas y que incluyen relaciones identitarias, económicas y políticas. De la misma manera, estas relaciones de alteridad y desigualdad median el modo en que los arqueólogos se posicionan como productores de conocimiento en relación con otros agentes sociales (Salerno 2012).

Para finalizar, es importante destacar que estas particularidades, que afectan a las formas de construir sentidos en torno a la arqueología en el presente, son parte de las contradicciones a partir de las cuales se erige la efectiva puesta en práctica de la arqueología. Las mismas se relacionan tanto con el lugar de los profesionales y el discurso que se sustenta como con el contexto social en que se producen y distribuyen los conocimientos. Por ello, entendemos que la “reflexividad”, como movimiento que implicó el desarrollo de tendencias dirigidas a incluir dentro de los proyectos de investigación, la revisión sobre los modos en que se produce el conocimiento y en particular sobre el papel de los científicos en esos procesos (Hidalgo 2006), es constitutiva de los abordajes de la arqueología pública. Entendida de esta manera, la arqueología pública se constituyó en una línea de investigación que no sólo nos invita a pensar la arqueología como una actividad que se lleva a cabo en múltiples contextos mediados por la sociedad; también nos interpela en relación con las implicancias políticas de la producción de conocimiento histórico.

Agradecimientos: este trabajo fue realizado como parte de una beca postdoctoral financiada por CONICET y en el marco de dos proyectos mayores: UBACyT EXP-UBA N° 18829/2010 (2011-2014), PICT 2010-

1517 (2011-2013). Se agradece a los evaluadores, María de Hoyos, Dolores Estruch, Maximiliano Rua, Liliana Sinisi, Laura Cerletti, Alejandra Pupio y Natalia Mazzia, quienes con sus lecturas y sugerencias colaboraron a enriquecer las discusiones presentadas en este artículo.

Notas

- ¹ Junto con la gran cantidad de páginas donde se dedica un espacio a la arqueología pública, también existen páginas web dedicadas específicamente al tema: <http://www.flpublicarchaeology.org/>; <http://www.publicarchaeology.eu/>; <http://publicarchaeology.blogspot.com/>; <http://www.arqueologiapublica.es/>
- ² Los autores incluyen esta reflexión como parte de una propuesta de modificación de los planes de estudios de la enseñanza de la arqueología en Estados Unidos. En su argumentación proponen que la preparación básica de los arqueólogos profesionales debería incluir contenidos relacionados con las reglamentaciones legales y éticas que regulen la práctica profesional con relación a las formas de interacción entre arqueólogos y distintos públicos, entre ellos, los nativos americanos.
- ³ Entre las publicaciones propias se encuentran las actas de los encuentros World Archaeological Bulletins; una línea editorial en la que se compilan trabajos en torno a temáticas particulares bajo el lema "One World Archeology" (OWA) y tres revistas: *Archaeologies*, cuya primer edición es del año 2005; *Journal of Environment and Culture* desde el año 2004; y *Arqueología Suramericana/Arqueología Sul-Americana*, desde el año 2005. Es la única revista del WAC publicada en castellano.

COMENTARIOS

DANIELLA JOFRÉ

(DEPARTMENT OF ANTHROPOLOGY, UNIVERSITY OF TORONTO, CANADA:
JOFREDANIELLA@GMAIL.COM)

El artículo de Virginia Salerno despliega una reflexión teórica y ética de gran interés para nuestra disciplina, posicionándose desde la mirada particular de la arqueología pública. A partir de reconocer que las relaciones entre arqueología y sociedad están mediadas por múltiples contextos y diversos agentes sociales, la autora enfatiza la importancia de las relaciones arqueología-sociedad como objeto de estudio, en tanto su práctica genera conocimiento científico como en cuanto (re)significa el vínculo entre pasado y presente. Por ende, tanto el quehacer profesional como su problema de investigación conllevan implicancias políticas para la producción del conocimiento histórico en las sociedades contemporáneas.

La reflexividad arqueológica, fruto del postmodernismo en las ciencias sociales, es una motivación subyacente que se expresa de manera constante en este artículo. Para contextualizar la coyuntura social y política que permitió el desarrollo de esta línea de investigación, Salerno nos provee de una perspectiva global para luego focalizarse en su devenir postcolonial en las Américas. Aunque el concepto fue acuñado por McGimsey (1972), la arqueología pública ganó presencia durante la década de 1980 a través

de congresos internacionales como el primer World Archaeological Congress (WAC) en Southampton y la reunión de la Society for American Archaeology (SAA) en Taos. Cabe notar que estas iniciativas fueron promovidas por profesionales anglo-parlantes como Peter Ucko y Alice Kehoe, respectivamente. La autora sugiere que ambas instancias marcan un cambio paradigmático, ya que relativizan el conocimiento arqueológico como parte de una industria cultural donde los objetos científicos adquieren “significatividad” y “productividad” (Daston 2000) en relación con un público determinado por trayectorias históricas, políticas, económicas e institucionales, entre otras.

Desde entonces los arqueólogos no se sitúan en una plataforma neutra, sino que se posicionan como agentes sociales que están en constante interacción dentro de una red de relaciones con diferentes dimensiones y alcances. Lo anterior supedita la validez de los saberes arqueológicos, y de sus referentes materiales, al medio en los cuales se producen y circulan, además de cómo participan y son apropiados por múltiples voces. Este posicionamiento coyuntural deja de manifiesto la necesidad de generar códigos éticos para anticipar el adecuado desempeño de la arqueología profesional en zonas sumamente politizadas del “Tercer Mundo” o en países en vías de desarrollo, como, por ejemplo, el WAC hizo para boicotear el *apartheid* en Sudáfrica. Asimismo, este reconocimiento social cuestiona la legitimidad y autoridad del discurso arqueológico en otras situaciones coloniales, donde se articulan relaciones asimétricas de poder que invisibilizan discursos subalternos.

En América Latina, por ejemplo, también a partir de la década de 1980, ciertos grupos indígenas y minorías étnicas comenzaron a exigir su participación activa en la construcción del conocimiento arqueológico, en el manejo de bienes culturales que forman parte de su herencia cultural, así como en las consecuencias políticas de su interpretación sobre el pasado y de su representación en el presente (Gnecco y Ayala 2011). Aunque no se refiere a un caso etnográfico en particular, Salerno ejemplifica lo anterior a través de la Arqueología Social Latinoamericana. Como única manifestación de la arqueología pública que se desarrolla de manera autónoma en Sudamérica, esta línea compromete el rol del investigador como un interlocutor válido con la sociedad a la cual pertenece o se hace parte (Lumbreras 1974, *Cf.* Tantaleán 2004, Tantaleán *et al.* 2012). ¿Pero cómo justificar el rol de la arqueología como ciencia social si no es a través de un posicionamiento político?

Concuerdo con la autora en su reflexión sobre la arqueología profesional, ya que su quehacer cuestiona las dimensiones del objeto de estudio (epistemológicas y ontológicas) así como los agentes sociales implicados (arqueólogos y públicos). Se hace inminente una “ampliación del campo de batalla” (Gnecco 2006, citando a Houellebecq 1997) para validar voces alternativas al autoritarismo académico que pluralicen las interpretaciones del pasado y, por tanto, las proyecciones del futuro (Russell 2006). A mi parecer, la batalla se da en cuanto a la comodificación de los bienes culturales mediante las actuales políticas de mercantilización del patrimonio arqueológico que han sido apropiados por discursos y prácticas hegemónicas, incluso tras los largos procesos de transición a nuevas formas de democracia vividas en el Cono Sur. Salerno recalca el rol que la comunicación mediática juega en la “deslegitimación política de los estados nacionales”; no obstante, no se pronuncia sobre el hecho de que la arqueología pública es la que facilita este proceso, dejando de manera implícita y no articulada lo que, en mi opinión, es un argumento central en su trabajo.

En suma, el artículo de Virginia Salerno nos aporta una necesaria reflexión sobre los quehaceres y saberes arqueológicos. Aunque su desarrollo latinoamericano difiere al angloamericano, la arqueología pública es una alternativa válida para la investigación social, ya que permite a los profesionales adoptar un rol estratégico como interlocutores en un dialogo horizontal y contribuir, mediante la práctica de esta disciplina científica, a los actuales procesos de descolonización que se viven en América del Sur.

LÚCIO MENEZES FERREIRA

LA ARQUEOLOGÍA SIEMPRE FUE PÚBLICA

(LABORATORIO MULTIDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA/UNIVERSIDAD FEDERAL DE PELOTAS; CNPQ/BRASIL: UCIOMENEZES@UOL.COM.BR)

El artículo de Virginia Salerno tiene una virtud rara. Todos quienes ya lo intentaron saben cuán complejo es escribir textos de síntesis. Revisar líneas de investigaciones, siempre tan heterogéneas, intrincadas y dispersas, como ya lo es la arqueología pública, requiere vulgarizar sin vulgaridad. Salerno logró hacerlo con sofisticación. Pero yo me pregunto, a esta altura de los acontecimientos mundiales, si realmente necesitamos textos de síntesis sobre arqueología pública.

La tarea me parece ser problematizar la propia existencia de la arqueología pública, y no, como pretende Salerno, homogeneizar sus diferencias y temas,

definiendo a sus “bases epistemológicas y ontológicas comunes”. Hay tantas epistemologías y ontologías como también arqueologías. Definitivamente, arqueología pública no es lo mismo que arqueología comunitaria, como sugiere Salerno. Como diría Foucault, cada campo disciplinario elige sus instituciones, eventos y precursores. Mas, mientras sean referencias importantes, a las genealogías de la arqueología pública no hay que buscarlas en la primera reunión del WAC (1986) o en el Taos Conference (1988) del SAA; tampoco la arqueología social latinoamericana, por más políticamente radical que haya sido y todavía lo sea, es un antecedente olvidado de la arqueología pública.

La arqueología pública nunca fue políticamente radical, no obstante su retórica sobre reflexividad, conflictos de interpretación, logocentrismo del conocimiento arqueológico y multivocalidad, entre otras cacofonías. Para decirlo con una paradoja, siempre hubo arqueología pública. Su genealogía remite al siglo XVIII. Aquellos que escribían sobre arqueología hacían prescripciones sobre los usos del pasado. La “articulación arqueología-sociedad en el presente” no es una invención de la arqueología pública contemporánea, como quiere Salerno.

El estudio moderno del pasado, inicialmente a través de la filología, de la arqueología y de la historia –esto, al menos, desde Vico–, se convirtió en Occidente en principio epistemológico, índice de la organización política del presente y brasa de la imaginación utópica de las proyecciones futuras de la sociedad. Este “giro epistemológico” se acentuó en el siglo XVIII: a la actualidad se pasó a interrogarla filtrándose el pasado, seleccionándolo para circunscribir la singularidad de una trayectoria histórica, un “nosotros” que apelaría a una configuración cultural singular. Es en este sentido que ella siempre fue pública. Estuvo siempre asociada a la construcción del mundo liberal y colonial. Para dar un ejemplo, basta ver el debate de Gordon Childe con Malinowski y Radcliffe-Brown, en 1946, sobre cómo utilizar la arqueología en las prácticas coloniales inglesas (Childe 1946). Como argumentó Bruce Trigger (1992) hace más de dos décadas (uno de los autores citados por Salerno), la arqueología se constituyó como ideología para la clase media. La disciplina sirvió y ha servido, en la actualidad, a las empresas colonialistas, nacionalistas e imperialistas. En el mundo contemporáneo, la arqueología pública, no obstante su discurso libertario, ha cumplido largamente funciones reaccionarias: ha actuado para pacificar los “conflictos por la representación del pasado” y promover políticas liberales, nacionalistas y neocolonialistas.

Así es que Salerno debería investigar mejor lo que motivó a Charles McGimsey (1972) a forjar el concepto de arqueología pública. Por supuesto lo que impelió McGimsey (1972) fue la legislación que surgió, en Estados Unidos al final de los años 1960, sobre *Cultural Resource Management* (CRM). McGimsey, y tantos otros arqueólogos, estaban preocupados con la destrucción acelerada de sitios arqueológicos conducida por los proyectos capitalistas de desarrollo. Pero aquí no reposa sólo la buena consciencia romántica de la preservación, el llamado iluminista del público para la conservación de los recursos culturales. Al contrario, la CRM y la arqueología pública de McGimsey estuvo al servicio de las empresas capitalistas, viabilizando la liberación de las obras de ingeniería y los negocios turísticos. Aquí nació, bien nutrida y vigorosa, la arqueología de contrato. Ciertamente que la arqueología procesual y su *econothink*, que emergió en este mismo contexto, se benefició con muchos recursos para la investigación. Con todo, como recientemente argumentó Patty Jo Watson (2008), una de las grandes exponentes del procesualismo, hoy más del 90% de la arqueología practicada en Estados Unidos es hecha por contrato. La arqueología pública está firme en las manos de la arqueología de contrato, cimentando las estructuras de proyectos capitalistas.

En Brasil, 98% de las investigaciones arqueológicas también se da por contrato. Todas ellas se legitiman como arqueología pública o educación patrimonial, como eufemísticamente la llaman en Brasil. En Argentina, como en otros países sudamericanos, la arqueología de contrato ya se posiciona en el escenario académico. La justificativa es siempre bien intencionada y pintada con los colores de la arqueología pública: sí, los proyectos liberales de desarrollo destruyen los sitios, pero acá estamos nosotros para salvar el pasado y educar a la gente. Así, la cuestión de la existencia de la arqueología pública contemporánea es que ella asocia al discurso liberal, consubstanciándose en el mercado y reproduciendo las desigualdades sociales con retóricas patrimoniales.

Salerno, además, aminora el rol de los movimientos civiles para el surgimiento de la arqueología pública en los años de 1970. Sin la vitalidad de los movimientos sociales no habría arqueología pública en la acepción corriente. McGimsey y Davis (2000) tienen razón: sin arqueología pública no hay futuro posible para la arqueología. Es verdad ¡pues los movimientos sociales no dejarían que arqueólogos y arqueólogas trabajasen! Así es que los movimientos civiles de los pueblos originarios y afroamericanos (con el apoyo político de pocos arqueólogos y arqueólogas), en Estados Unidos, impulsaron, respectivamente, la aprobación en 1990 de la *Native American*

Graves Protection and Repatriation Act, y la formación, a partir del final de los años de 1960, de la arqueología de la diáspora africana. Con todo, pasadas más de cuatro décadas desde su aparición histórica como línea de investigación, la arqueología pública se ha transformado en una convención disciplinaria, acomodándose al mundo liberal y reconfigurando identidades nacionales y neocoloniales. A esto respecto, coincido con el arqueólogo social latinoamericano Felipe Bate (1998): la arqueología pública puede entenderse como un discurso “altamente progresista y democrático, sumado a un paternalismo conmovedor”.

HENRY TANTALEÁN

¿POR QUÉ UNA ARQUEOLOGÍA PÚBLICA SUBTITULADA?

(UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS, INSTITUTO DE ESTUDIOS ANDINOS,
PERÚ: HENRYTANTALEAN@YAHOO.ES)

En su artículo, Virginia Salerno recorre el camino que la (auto) denominada “arqueología pública” anglosajona ha recorrido en los últimos 30 años. Hace una historiografía de este devenir y encuentra sus fuentes en el WAC de los años 80. Como se puede reconocer (y ella misma hace), este es un camino hecho en el andar, en conversaciones hechas en inglés desde una perspectiva eurocéntrica en la que el “objeto de estudio” comienza a develarse y revelarse como interlocutor en dicho andar. Afortunadamente, Salerno se da cuenta de algo que muchos han querido ignorar u ocultar, obviamente por su carga subversiva antes y ahora: los pueblos y los colectivos marginados y explotados han tenido la oportunidad en ocasiones de expresar su disidencia con occidente y, en especial, con respecto a esa disciplina científica llamada arqueología. Así, pues, Salerno recuerda a los lectores que, por ejemplo, la ASL, siguiendo esos movimientos reivindicativos de la década de los 60, tuvo un interés claro y fundamental en integrar a la sociedad como tal, dentro de su propia agenda, desarrollo teórico y práctico: la sociedad era su inicio y fin. Independientemente de que se haya recordado eso o no, muchas de las tradiciones del mundo anglosajón tuvieron algún acercamiento al marxismo desde el marxismo clásico, pasando por la teoría crítica hasta el denominado postprocesualismo. Así, pues, el camino de los arqueólogos nunca ha estado alejado del “público” realmente. De hecho, el reconocimiento de una “arqueología pública” no es más que la teorización de una realidad concreta: la arqueología se hace en sociedad, convive con la sociedad y se entrega a la sociedad. Así, pues, es impresionante como hemos tenido que esperar a que los anglosajones (especialmente la UNESCO y de que tal forma) nos tengan que recordar ese carácter público de la arqueología.

Alejándome del texto mismo de Salerno que, por cierto celebro porque hace clara la existencia de una arqueología latinoamericana en sí misma y que ha generado importantes planteamientos para solucionar sus propias relaciones, originariamente problemáticas, con las comunidades o grupos sociales, creo que más que nunca los arqueólogos debemos dejar de recordarnos entre nosotros mismos y más bien veamos ese aspecto político omnipresente en la vida humana y, sobre todo, la latinoamericana. Como sabemos, la historia latinoamericana está atravesada de diferentes sucesos revolucionarios y movimientos políticos que apoyaron y caminaron con y al lado de los públicos latinoamericanos. En muchos casos, mucho antes de la aparición de esta denominada “arqueología pública” ya habían procesos en territorios latinoamericanos que hicieron o propusieron tal cosa no con ese nombre pero sí con el mismo objetivo que es, al fin, lo que debe importar. Sólo por ser peruano, me gustaría y me toca recordar lo que hacía Julio C. Tello o Luis Valcárcel. Ellos estuvieron, sin lugar a dudas, practicando un estudio del pasado relacional con las sociedades contemporáneas dentro de lo que se podría denominar ya arqueología en el Perú. Asimismo, fueron los primeros en el Perú en establecer claramente un proyecto político dentro del estudio del pasado que incluía a las comunidades indígenas. En primer lugar, porque el mismo Tello era un indígena y Valcárcel había vivido toda su niñez y juventud en el Cusco dentro de una importante comunidad de indígenas. Estamos hablando de la época de 1910 a 1930, especialmente donde ocurre algo llamado indigenismo. En Perú, como en muchas áreas de Latinoamérica, existía una serie de ideologías y discursos que las acompañaban relacionados con el indígena. Posiblemente el caso mexicano es mucho más que nunca oportuno aquí. Así, pues, los arqueólogos profesionales debemos recordar que los arqueólogos somos parte de este proyecto occidental que nos ha extirpado de nuestras sociedades originarias a través de nuestra formación profesional y nos ha ensimismado en la ciencia. De hecho, nuestra formación nos ha contenido y aislado de la cosmovisión o perspectivas de las comunidades con las que trabajamos. Tan alienados estamos que creemos que dirigiendo teóricamente y compasivamente nuestra mirada hacia las comunidades o “público” hemos ganado el cielo de los arqueólogos a través de nuestra solidaridad y generosidad humana. Sin embargo, los pueblos originarios hace mucho tiempo que tienen dignidad y se precian de ella. Que los arqueólogos les prestemos atención o no es un accidente dentro de la historia del pensamiento arqueológico, que tarde o temprano tenía que suceder dadas las circunstancias económicas y políticas que compartimos en general. Así, pues, creo que hace tiempo existe un “público” que espera o no que los arqueólogos y el Estado mismo los tome en cuenta. En todo caso, me

parece importante que comencemos a voltear la mirada al público (muchas veces desconcertados y/o desinteresados de nuestras prácticas) y veamos que detrás de esos objetos que tanto deseamos para nuestra investigación existen pasiones, vidas y deseos que las comunidades también necesitan recuperar y cristalizar y a través de su encuentro con ellos expresarse en un mundo que cada vez, paradójicamente, tiene menos espacios para escuchar a la vida humana. En ese objetivo, los arqueólogos y arqueólogas debemos ser más que colegas, compañeros: estar cerca de las comunidades y acudir a su llamado, no por una cuestión ética, teórica (ontológica o epistémica) sino, sobre y ante todo, por una cuestión humana.

RÉPLICA

En primer lugar agradezco a todos los comentaristas, pues sus aportes enriquecen las discusiones del presente artículo. Acuerdo con ellos en que siempre existieron las reflexiones sobre la articulación arqueología-sociedad, pero esto no significa que las mismas se consideren un aspecto a ser investigado dentro del campo. Aquí se postula que fue en la década de 1980 cuando estos aspectos comenzaron a delinearse como *un problema a ser investigado* dentro de la arqueología, como parte del desarrollo de la llamada arqueología pública. En este movimiento fueron primordiales los reclamos de diversas minorías sociales, así como las revisiones epistemológicas dentro de las ciencias sociales. Estos evidenciaron la dimensión política y el conflicto inherente en la investigación arqueológica. Sobre ello cabe preguntarse, ¿por qué en un momento determinado se teoriza sobre una realidad concreta? ¿De qué manera se conforman las relaciones con un determinado objeto de conocimiento?

Lejos de realizar una síntesis y homogeneizar los diferentes estudios elaborados desde entonces, este artículo indaga sobre las condiciones que posibilitaron la emergencia del tema como objeto de investigación con el propósito de discutir las relaciones conceptuales que sustentan sus bases epistemológicas y ontológicas. Resultó apropiado trabajar con un enfoque biográfico que entiende los objetos científicos como entidades históricas y situadas. En este camino he revisado diversas síntesis sobre la trayectoria de la arqueología pública. Es sabido que la formulación de historias disciplinares puede generar una selección de circunstancias no reflexiva de la propia práctica, propiciando la auto-legitimación de la misma. Encuentro este problema en el recorrido trazado por Merriman (2004) y ampliamente difundido. Por ello indagué sobre diversas trayectorias y aspectos que

propiciaron la visibilidad de los problemas elaborados en la arqueología pública. Para Latinoamérica se destacó específicamente los aportes de la ASL como antecedente que precede al primer WAC. Es la desconsideración de estos antecedentes y de la agencia que los sustenta, lo que Felipe Bate critica cuando describe el discurso del primer WAC como “altamente progresista y democrático, sumado a un paternalismo conmovedor” (Bate 1998:12). Tal como señala Tantaleán, en nuestro continente también son importantes los aportes generados desde los movimientos indigenistas a lo largo del siglo XX. El recorte establecido responde al propósito del artículo, que es reflexionar sobre la construcción de un objeto de investigación dentro del campo de la arqueología.

En la actualidad, existen diferentes prácticas asociadas con la arqueología pública, que reconocen diferentes antecedentes. Los mismos pueden considerarse a partir de los desplazamientos de la noción de “público”. Por un lado están los trabajos norteamericanos de la década iniciada en 1970, que acompañaron la objetivación de los materiales arqueológicos en “bienes culturales”, con nuevas modalidades de exposición y un creciente proceso de mercantilización. Aquí, lo “público” engloba a los no-arqueólogos en una diferenciación jerárquica y asimétrica. El desenvolvimiento de estos enfoques estuvo en sintonía con las políticas multiculturales de 1990, que promovieron la gestión del patrimonio arqueológico, reproduciendo estigmatizaciones. No se discute esta línea de trabajo porque esta no promovió la investigación sobre las relaciones arqueología-sociedad, sino ciertas prácticas vinculadas a la gestión y comunicación del conocimiento. En la actualidad estas prácticas contribuyen a la complejidad del tema nutriendo la perspectiva “conservadora” referida por Menezes Ferreira. Además, los conflictos derivados de estas prácticas muestran la desigualdad y los múltiples intereses en relación con la arqueología. Por otro lado, los desarrollos de la arqueología pública formulados en el WAC partieron de lo “público” como esfera de interacción en la que participan diversos actores sociales, formas de organización, de comunicación y de construcción identitaria. Así se plantearon interrogantes que propiciaron la investigación en torno a estos procesos. El artículo se centra en esta perspectiva porque tiene un importante potencial para discutir las relaciones desiguales que median los procesos de investigación arqueológica, así como los procesos de circulación, negociación y resignificación del conocimiento y materialidad arqueológica en la esfera pública. En esta línea de trabajo, también se desarrollaron acciones que impulsan diversas maneras de “participación”.

Para finalizar, quisiera responder a un comentario específico de Menezes Ferreira. Tal como se plantea en la introducción, las denominaciones en discusión (Public Archaeology y Community Archaeology) remiten a posicionamientos diferentes y no se asumen como sinónimos. Profundizar en esta discusión requeriría además incluir a otras denominaciones, como es el caso de las llamadas arqueologías indígenas, nativas, relacional, entre otras. Entiendo que esta pluralidad da cuenta de perspectivas fragmentarias que es necesario superar para poder construir abordajes estratégicos y conjuntos. Al respecto, la noción de “público”, como eje descriptivo y analítico de la actividad arqueológica, tiene un gran potencial. Por estos motivos prioricé discutir aspectos epistemológicos y ontológicos que hacen a la definición de las relaciones arqueología-sociedad como un objeto de estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- Auge, M.** 1998 [1977]. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Gedisa, Barcelona.
- Ayala Rocabado, P.** 2005. “Pueblos originarios y arqueología: discursos en torno al patrimonio arqueológico en San Pedro de Atacama (Segunda Región de Chile)”. *Textos Antropológicos* 15 (2): 249-261.
- Ballart, J.** 1997. *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona.
- Bate, F.** 1998. *La investigación en arqueología*. Crítica, Barcelona.
- Bond G. C. y A. Gilliam (compiladores).** 1994. *Social Construction of the Past: Representation as power. One World Archaeology*. Routledge, Londres y Nueva York.
- Bourdieu, P.** 2003. *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Curso del College de France 2000-2001*. Anagrama, Barcelona.
- Bowler, P. y I. R. Morus** 2007. *Panorama general de la ciencia moderna*. Crítica, Madrid.
- Brubaker, R. y F. Cooper.** 2001. “Más allá de la identidad”. *Apuntes de investigación del CECYP* 7: 30-66.
- Cansino Salas, R.** 1999. “Perspectivas sobre la cultura material”. *Anales de Desclasificación* 1 (2):1-20.
- Childe, G.** 1946. “Archaeology and anthropology”. *Southwestern Journal of Anthropology* 2 (3): 243-252. [LM].

- Daston, L.** 2000. *Biographies of scientific objects*. The University of Chicago Press, Estados Unidos.
- Daston, L., y P. Galison.** 2007. *Objectivity*. Zone Books, New York.
- Díaz-Andreu, M.** 1999. “Nacionalismo y Arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo”. *Anais da I reuniao Internacional de Teoria Arqueologica na America do Sul. Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3, pp: 161-180. Universidade de São Paulo, Brasil.
- Dussel, E.** 1994. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la modernidad”*. UMSA, La Paz.
- Elías, N.** 1989. *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Endere, M. L.** 2008. “Algunas reflexiones acerca del patrimonio”. En *Patrimonio, Ciencia y Comunidad. Un abordaje preliminar en los Partidos de Azul, Tandil y Olavarría*, editado por M. L Endere y J. Prado, pp: 17-45. UNCPBA, Olavarría.
- Escobar, A.** 1998. *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Editorial Norma, Santa Fe de Bogotá.
- Franco Salvi, V. L.** 2008. “La arqueología como ciencia social. La concepción de Lumbreras y su impacto en el pensamiento Latinoamericano”. *Comechingonia Virtual* 4: 235 – 244.
- Funari, P., E. Goes Neves e I. Podgorny** 1999. “Introducción”. *Anais da I Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul. Revista do Museu de Arqueologia e etnologia*, Suplemento 3, pp: 1-12, Universidade de São Paulo, Brasil.
- Funari, P., y E. M. Robrahn-González.** 2006. “Editorial”. *Revista Arqueología Pública* 1: 3.
- Gero, J.** 2000. “Why? and Whither? WAC”. *World Archaeological Congress Bulletin* 12: 55-63.
- Gnecco, C.** 2005. “Ampliación del campo de batalla”. *Textos Antropológicos* 15(2): 183-195. [DJ].
- 2009. “Camino de la Arqueología: de la violencia epistémica a la relacionalidad”. *Bol. Mus. Para. Emílio Goeldi, Ciências Humanas* 4(1): 15-26.
- Gnecco C. y P. Ayala (editores).** 2011. *Indigenous people and archaeology in Latin American*. Left Coast Press, Walnut Creek, Estados Unidos.

- Haber, A. F.** 2004. "Arqueología de la naturaleza, naturaleza de la arqueología". En *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*, editado por A. Haber, pp. 15-32. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales. Bogotá.
- Hall, M.** 2004. "Romancing the stones: archaeology in popular cinema". *European Journal of Archaeology* 7: 159 -176.
- Hernández, P.** 1997. "Luces, cámara, ¡acción!: arqueología, toma 1". *Complutum* 8: 311-334.
- Hernando, A.** 2002. *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- Hidalgo, C.** 2006. "Reflexividades". *Cuadernos de Antropología Social* 23: 45-56.
- Hobsbawm, E.** 1995. *Historia del siglo XX. 1914-1991 Age of Extremes. The short twentieth century 1914-1991*. Grijalbo, Colección Crítica, Barcelona.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger (editores).** 1988 [2003]. *The invention of tradition*. Cambridge University Press, Reino Unido.
- Hodder, I.** 1989. *The meaning of things: Material Culture and Symbolic Expression*. Routledge, Londres y Nueva York.
- Jackson, D. A. Troncoso y D. Salazar.** 2012. "Hacia una crítica de la práctica de la arqueología social latinoamericana". En *La arqueología social latinoamericana: de la teoría a la praxis*, compilado por H. Tantaleán y M. Aguilar, pp: 49-62. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Bogotá.
- Jofré, C., S. Biasatti, G. Compañy, G. González, S. Galimberti, N. Najle, P. Aroca.** 2009. "La cayana: entre lo arqueológico y lo cotidiano. Tensiones y resistencias en las versiones locales del "patrimonio arqueológico" en el norte de San Juan". *Relaciones* XXXIII: 181-208.
- Johnson, M.** 2000. *Teoría Arqueológica. Una introducción*. Editorial Ariel, Barcelona.
- Judge, J. W.** 1991. "Saving the Past for Ourselves: The Society for American Archaeology Taos Anti-Looting Conference". En *Protecting the Past*, editado por G. S. Smith y J. E. Ehrenhard, pp: 277-282. CRC Press, Boca Raton, Florida.
- Lahiri, N., N. Shepherd, J. Watkins y L. Zimmerman.** 2007. "Diálogos desde el sur/dialogos desde o sul. Foro Virtual: arqueología y descolonización". *Arqueología Suramericana/Arqueologia Sul-americana* 3(1): 3-19.
- Lander, E.** 2000. "Diálogos a través del Atlántico Sur: saberes hegemónicos y saberes alternativos". En *Actas X Congreso Internacional de la Asociación*

Latinoamericana de Asia y África. Rio de Janeiro, Brasil. Disponible en:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/aladaa/>

- Londoño, W.** 2007. “Enunciados prescritos y no prescritos en arqueología: una evaluación”. *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia* 21 (38): 312-336.
- Lumbreras, L. G.** 1974 [1984]. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Peisa, Perú.
- Mattelart, A. y M. Mattelart** 2005. *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós, Barcelona.
- McGimsey, Ch.** 1972. *Public archaeology*. Seminar Press, Nueva York.
- McGimsey Ch. y H. Davis** 2000. “The old order changeth: or, now that archaeology is in the deep end of the pool, let’s not just tread water”. En *Teaching archaeology in the twenty first century*, compilado por G. Bender y S. Smith, pp: 5-8. Society for American Archaeology, Estados Unidos.
- McGuire, R y R. Navarrete** 1999. “Entre motocicletas y fusiles: las arqueologías radicales anglosajonas e hispanas”. En *Anais da I Reuniao Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul. Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3, pp: 181-199. Universidade de São Paulo, Brasil.
- Merriman, N.** 2004. “Introduction: Diversity and Dissonance in Public Archaeology”. En *Public Archaeology*, editado por N. Merriman, pp: 1-18. Routledge, Londres y Nueva York.
- Mignolo, W.** 2003. “La colonialidad a lo largo y a lo ancho”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, compilado por E. Lander, pp: 55-86. CLACLSO, Buenos Aires.
- Molyneaux, B. L.** 1994. “Introduction: the represented past”. En *The Presented Past: Heritage, museums and education*, editado por P. G. Stone y B. L. Molyneaux, pp: 1-13. Routledge. Londres y Nueva York.
- Nastri J. y L. Menezes Ferreira (eds.).** 2010. *Historias de la Arqueología Sudamericana*. Fundación de Historia Natural Félix da Azara, Buenos Aires.
- Pizarro, C.** 1995. “Sobre algunas presuposiciones de la arqueología postprocesual”. *Publicar* IV (5):103-114.
- Politis, G.** 1995. “The Socio-politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America”. En *Theory in Archaeology, a world perspective*, editado por P. Ucko, pp: 197-235. Routledge, Londres y Nueva York.

- Pupio, A. y V. Salerno.** 2013. “El concepto de patrimonio en el campo de la Arqueología Argentina. Análisis de los trabajos presentados en los congresos nacionales de arqueología” (1970-2010). *Intersecciones en Antropología*. En prensa.
- Russell, I.** 2006. “Introductions: Images of the Past: Archaeologies, Modernities, Crises and Poetics”. En *Images, Representations and Heritage. Moving beyond Modern Approaches to Archaeology*, editado por I. Russell, pp: 1-38. Springer, Estados Unidos.
- Salerno, V. M.** 2012. “Pensar la Arqueología desde el Sur”. *Complutum* 23(2): 191-203.
- Salerno, V. M. y A. Pupio.** 2009. “Más allá de lo que se escribe: la arqueología como metáfora en los medios gráficos”. *Arqueología Suramericana-Arqueología Sul-Americana* 2(2): 153-177.
- Salomón, J. J.** 2001. “El nuevo escenario de las políticas de la ciencia”. *International Social Science Journal (ISSJ)* 168: 186-201.
- Sanoja Obediente, M. y I. Vargas Arena.** 1999. “Archaeology as a social science: its expression in Latin American”. En *Archaeology in Latin American*, editado por G. Politis y B. Alberti, pp: 59-76. Routledge, Londres y Nueva York.
- Segoby, A.** 2006. “Historias Estratificadas en el desarrollo de la Arqueología Pública en el Sur de África”. *Arqueología Suramericana-Arqueología Sul-Americana* 2(1): 93-118.
- Seymour, M.** 2004. “La antigua Mesopotamia e Irak moderno en la prensa de Gran Bretaña. 1980-2003”. *Current Anthropology* 45 (3): 351-368.
- Shepherd, N.** 2005. “Editorials: From One World Archaeology to One World, Many Archaeologies”. *Archaeologies* 1(1): 1-6.
- Simpson, F.** 2009. “The value of television, a critical approach”. En *How do the media represent archaeology, what is at stake?*, compilado por S. Lemaitre y C. Schall, pp: 45-52. Musees Royaux d’Art et d’Histoire, Bruselas.
- Stone, P. G. y P. Planel (editores)** 1999. *The Constructed Past: Experimental archaeology, education and the public*. Routledge, Londres y Nueva York.
- Tantaleán, H.** 2004. “L’ Arqueologia Social Peruana: ¿Mite o realitat”. *Cota Zero* 19: 90-100. [DJ].
- Tantaleán, H. y M. Aguilar** 2012. *La arqueología social Latinoamericana: de la teoría a la praxis*. Ediciones de la Universidad de Los Andes, Bogotá. [DJ].

Tarragó, M. 2003. “La arqueología de los valles calchaquíes en perspectiva histórica”. *Anales Nueva época* 6:13-42.

Trigger, B. 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.

Watson, P.J. 2008. “Processualism and after”. En *Handbook of Archaeological theories*, editado por R. Bentley, H. Maschner y C. Chippindale, pp: 29-37. Altamira Press, New York. [LM]